

Acceder al agua: cuestión de género y poder entre población excluida del servicio estatal de acueducto. El caso de Dosquebradas, Risaralda, Colombia

Access to the water, a question of gender and power among population excluded from the state service of aqueduct. The case of Dosquebradas, Risaralda, Colombia.

Ana Patricia QUINTANA RAMÍREZ

Universidad Tecnológica de Pereira (Colombia)

apq@utp.edu.co

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.11: a1104]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

Fecha de recepción: noviembre de 2015 || Fecha de aceptación: junio de 2016

RESUMEN: La gestión del agua es un campo de poder en el que los agentes sociales se interesan por incrementar el capital económico y simbólico, mediante el desarrollo de habitus históricamente diferenciados, entre otros aspectos, según el género. El condicionamiento para la universalización del servicio de acueducto sucede porque el Estado y el mercado, mediante una perspectiva mercantilista en la gestión del agua, agudizan la inequitativa distribución del líquido entre pobladores de áreas periurbanas en ciudades de países del sur como Dosquebradas (Colombia). Este artículo explica la forma cómo se reproducen las relaciones de dominación de género en los espacios familiar y social de habitantes excluidos por el Estado del acceso al servicio de acueducto, específicamente en algunos barrios periurbanos de Dosquebradas.

Palabras clave: género, dominación, poder, agua, territorio.

ABSTRACT: The water's management is a power's field in which the social agents are interested for increasing the economic and symbolic capital, by means the development of habitus historically differentiated, among other aspects, according to the gender's category. It happens because the State and the market from a commodification perspective for the water's management determine the universalization of aqueduct service and prevent the equitable distribution of the liquid among peri-urbans areas settlers in south countries, like the case of Dosquebradas-Colombia. To this respect, this article explains the form like the inhabitants settlers excluded by the State of the aqueduct service access, they reproduce the domination of gender relations in the family and social spaces.

Keywords: gender, domination, power, water, territory.

DESTACADOS (HIGHLIGHTS):

- Los habitus en la gestión colectiva del agua son diferenciados según el género.
- Los espacios masculino y femenino en la vivienda se definen según el uso del agua.
- Los hombres dominan mediante el discurso y las actividades económicas.

1. Introducción

Acceder al agua es una necesidad vital de los seres humanos que corresponde al Estado garantizarla. Pese a ello, mediante la gestión mercantilizada del servicio de acueducto, impuesta desde la década de los años noventa en varios países del sur global, la accesibilidad al agua potable no está garantizada a toda la población. Esto significa que la accesibilidad a un elemento de la naturaleza, transformado en servicio, se ha convertido en un mecanismo de exclusión social que se explicita entre otros aspectos mediante la dominación de género.

La exclusión social sucede porque el metabolismo del agua es estructurado y organizado a través de relaciones socio-naturales de poder, dominación, emancipación y represión; con orientaciones políticamente intencionadas de controlar la vida mediante prácticas que conllevan a la profundización de diferencias, la estratificación y los modos de exclusión social (Swyngedouw, 2004:9).

Desde esta perspectiva, este artículo, producto de una investigación de tipo cualitativo financiada por la Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia entre el período 2014-2015, detalla cómo se reproduce entre estructuras sociales la diferenciación social establecida por la dominación de género. Específicamente se trabaja en áreas periurbanas de un municipio colombiano, Dosquebradas, en donde el Estado no garantiza el acceso de agua potable a toda la población.

2. Marco teórico

La diferenciación social entre mujeres y hombres, más que por diferencias biológicas entre los sexos, es decir, entre los cuerpos masculino y femenino, se justifica ideológicamente en virtud a la división social, con unas clases sociales con acceso a ciertos bienes y otras excluidas de ello en virtud a su baja capacidad adquisitiva en el mercado. Además, porque existe una división sexual del trabajo que diferencia el trabajo remunerado del no remunerado. El primero está asignado tradicionalmente al hombre en virtud a la venta de su mano de obra en el mercado laboral, y el segundo, normalmente trabajo doméstico no remunerado, que carga a la mujer, entre otros aspectos de la responsabilidad de asegurar el acceso al agua potable en el domicilio.

La división sexual del trabajo supone la asignación del espacio público a la presencia prioritariamente masculina, mientras que el privado queda circunscrito a las mujeres, ya que en la esfera pública la sociedad demanda experiencia y dominio del discurso sobre la base del capital cultural adquirido a través de la educación, más relacionado con los varones (Fraser, 2015). De este modo, la asignación de actividades a cada sexo

de manera diferenciada garantiza la dominación en los espacios sociales cotidianos de la vida humana:

Las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, de su espacio, su momento; sus instrumentos [...]; es la estructura del espacio, con la oposición entre lugar de reunión o el mercado, reservados a los hombres y la casa reservada a las mujeres, o en el interior de ésta; entre la parte masculina, como del hogar, y la parte femenina, como el establo, el agua y los vegetales (Bourdieu, 2000:22).

En tal sentido, los habitus de hombres y mujeres en los campos de poder¹ dependen de las percepciones, prácticas y comportamientos que los identifican en virtud a su condición social, género, experiencias de formación y tipo de capital² del que disponen. Porque unos y otros invierten capital de diferente tipo, con la intención de incrementar los recursos y la totalidad de especies comprometidas (Mounier, 2008).

La diferencia de género aparece en estructuras de tipo patriarcal porque el dominio del hombre sobre la mujer se mantiene a partir del rol masculino como proveedor económico en la familia; y se refuerza mediante la óptica masculina de la política estatal dado que el poder, explícito a través de la norma, existe como poder masculino en la sociedad, de forma tal que "el Estado protege el poder masculino encarnando y garantizando el control del hombre sobre la mujer en todos los ámbitos" (Young, 2011:10).

El género se configura entonces como un sistema político fundado en las relaciones de poder entre hombres y mujeres (MacKinnon, 1995). Relaciones que denotan desigualdad en razón al dominio de los hombres sobre las mujeres principalmente en la esfera íntima y a través del argumento de neutralidad que legitima el Estado mediante la jurisprudencia. Según MacKinnon (1995:8) "el fundamento de esta neutralidad es el supuesto generalizado de que las condiciones que incumben a los hombres por razón de género son de aplicación también a las mujeres, es decir, es el supuesto de que en realidad no existe en la sociedad desigualdad entre los sexos".

En ese sentido, la percepción de inequidad se encubre en la realidad social porque las diferencias de clase y género se intersectan en la vida cotidiana de las personas. Según Scheper-Hughes (1992:187) "estas diferencias percibidas de clase y género surgen desde el mismo momento en que nace la persona [...] A los ricos les va mejor en todo y en todas las etapas de la vida, y a los hombres también les va mejor que a las mujeres". Para esta autora la existencia humana representa una lucha cotidiana, en

¹ Campo de poder entendido como las interacciones entre agentes sociales que buscan cooperar, competir y/o dominar (Bourdieu y Wacquant, 2008).

² Capital referido al conjunto de recursos con que cuentan los agentes sociales para actuar en un campo específico, sean éstos de orden económico, cultural y simbólico (Bourdieu, 2001:26-27)

tanto "la vida es como un auténtico campo de batalla entre fuertes y débiles... hombres y mujeres y, sobre todo ricos y pobres... Los pobres, los jóvenes y las mujeres están en una posición relativamente desventajosa y desacreditada que les hace particularmente vulnerables..." (Scheper-Hughes, 1992:186).

Por tanto, la desigualdad sustentada en la condición de género se manifiesta en los espacios cotidianos de la vida humana y en cada una de las estructuras sociales. Porque mientras los hombres buscan ser reconocidos socialmente mediante su inversión con capital económico en la construcción de las relaciones sociales, las mujeres aspiran a adquirir reconocimiento social realizando inversiones de capital cultural y social, "mediante intercambios más cotidianos y continuos, que consoliden las alianzas como grupo social" (Bourdieu, 2012:45).

Además, en grupos poblacionales marginados de asistencia social por el Estado, el poder del mercado se reproduce incluso cuando habitantes de países del sur buscan colectivamente salir de la exclusión valorando colectivamente los elementos de la naturaleza. La diferencia en el caso de la gestión colectiva del agua radica en que hombres y mujeres logran conjuntamente establecer fuertes alianzas para garantizarse el acceso al líquido por sus propios medios, logrando acuerdos en la distribución equitativa sobre la base de una concepción común de gratuidad y disponibilidad del líquido en la naturaleza (Pierron, 2013). Por ello, la devolución a la naturaleza del don recibido es una decisión colectiva de retorno no equivalente, ni idéntico al bien aprovechado, asegurado en la renovación de la alianza social (Attac, 2012).

En la gestión del recurso hídrico, tal y como los *évergetes* que en la época romana utilizaban la técnica para el acceso al agua, disimulada en generosidad, como medio de dominación, prestigio político o manipulación clientelar (Augusta-Bouralot, 2008), la apropiación del territorio donde se localizan las fuentes abastecedoras y la implantación tecnológica de los procesos de potabilización-canalización del líquido generan relaciones sociales diferenciadas, entre otros aspectos según el género.

Porque tal y como lo plantea la corriente ecofeminista, mientras la mujer está más cercana a conservar los aspectos naturales de la vida como la salud de los miembros del hogar, los alimentos, el agua y la integración social entre las familias usuarias del servicio de acueducto (Shiva, 2004 y Guha, 2000, citado por Martínez-Alier, 2004), el hombre se encarga de construir la infraestructura de abastecimiento y administrar los recursos económicos para garantizar el acceso al agua a través de, como elementos materiales simbólicamente más visibles, la inversión en tiempo y dinero, aspectos que le permiten ser reconocido socialmente en el espacio público entre vecinos, autoridades locales y, eventualmente, reforzar su capital económico.

3. Metodología

Con el objetivo de comprender el significado que los actores dan a sus actuaciones, esta investigación de carácter cualitativo apela a un escenario micro social para analizar los factores socioculturales de las relaciones de género en una estructura organizativa. El espacio de análisis se circunscribe a los barrios la Rivera, Nueva Colombia, la Mariana, Libertadores, Santa Teresita y Divino Niño, localizados en el sector periurbano oriental y occidental del municipio de Dosquebradas, departamento de Risaralda-Colombia. La población objetivo se conforma por fundadores, líderes-directivos, usuarios y fontaneros de los Acueductos comunitarios. Las técnicas e instrumentos utilizadas para el trabajo investigativo son la revisión de documentos, el análisis de relatos escritos y testimonios, la recuperación de fuentes orales, las entrevistas en profundidad y la observación participante con registros en el diario de campo.

A través del programa *ATLAS.ti* se han sistematizado las observaciones participantes registradas en diarios de campo, las cuales se han obtenido mediante visitas domiciliarias a las familias, recorridos por los barrios, salidas a las microcuencas, y talleres con directivos y usuarios. Así mismo se analizaron las entrevistas a usuarios, directivos, fundadores y fontaneros de las seis asociaciones de acueductos comunitarios seleccionadas para el estudio.

Se entrevistaron 43 personas en total. Tres Fundadores que aportaron a la construcción de los primeros sistemas de abastecimiento y a la conformación de las primeras asociaciones de acueductos comunitarios del sector. Fueron entrevistados como directivos quienes ejercían los cargos de presidente y tesorero en las Asociaciones; ocho fontaneros del sector; y por barrio, a mínimo tres familias usuarias del servicio de acueducto comunitario. La selección de los usuarios se realizó considerando la antigüedad en el barrio; la distribución equitativa de familias por área dentro del barrio – alta, media y baja; y la representatividad según el número de integrantes – familia pequeña y numerosa. Para ello, en algunos barrios se contó con referencias del fontanero y, en otros casos, las familias se postularon voluntariamente en Asamblea General de las Asociaciones. La Tabla 1 que incluye los perfiles sociales de entrevistados citados en este artículo.

Finalmente, el análisis de la información se realizó cruzando las variables teóricamente referidas en la investigación como género, poder y gestión colectiva del agua con la información empírica codificada previamente en la base de datos, generada por *ATLAS-ti*.

Tabla 1. Perfiles sociales de las personas entrevistadas

Código	Género	Edad (años)	Estado civil	Ocupación	Tiempo como usuario(a) Acueducto Comunitario
A	Hombre	64	Unión libre	Fontanero	25 años
J	Hombre	71	Viudo	Vendedor ambulante	15 años
MC	Mujer	43	Casada	Ama de casa	6 años
B	Mujer	47	Separada	Ama de casa	16 años
ME	Mujer	56	Separada	Ama de casa	16 años
YA	Mujer	33	Separada	Ama de casa/ oficios varios	5 años
M	Mujer	52	Separada	Ama de casa/ oficios varios	5 años
F	Hombre	56	Casado	Fontanero	14 años
LQ	Hombre	49	Casado	Fontanero	7 años
R	Hombre	69	Casado	Fontanero	26 años
E	Mujer	63	Separada	Ama de casa/cuidado niños	14 años
P	Mujer	45	Casada	Ama de casa/cuidado enfermos	10 años
G	Mujer	48	Separada	Ama de casa/ cuida niños	35 años
D	Mujer	46	Separada	Ama de casa	20 años
J	Mujer	38	Casada	Ama de casa	18 años
L	Mujer	38	Casada	Ama de casa/fontanera	13 años
O	Mujer	63	Casada	Ama de casa/ventas ambulantes	26 años
R	Mujer	43	Casada	Empleada doméstica	14 años
C	Mujer	65	Viuda	Ama de casa	28 años
AR	Mujer	53	Separada	Pensionada	33 años
RV	Hombre	56	Casado	Maestro de obra	8 años
JL	Hombre	56	Casado	Comerciante	12 años
CP	Hombre	63	Viudo	Pensionado	25 años
LA	Hombre	65	Viudo	Fontanero	30 años
F	Hombre	22	Soltero	Estudiante	22 años
K	Mujer	24	Soltera	Estudiante	24 años

Fuente: Elaboración propia.

4. Resultados

Este apartado contiene una explicación de las características que presentan las relaciones de poder en la gestión colectiva del agua, establecidas entre hombres y mujeres habitantes de áreas periurbanas de Dosquebradas. Para empezar se contextualiza el modelo de gestión colectiva en esta municipalidad, en contraste con el proceso de privatización del servicio de acueducto en Colombia. Luego se pasa a explicar la dinámica del poder según el género en los espacios privado y público.

4.1. Dosquebradas, Colombia

En Colombia la diferenciación en clases sociales para el acceso al agua potable se agudizó desde 1980 mediante la estratificación social. Este sistema clasifica las viviendas de las ciudades colombianas para otorgar subsidios a los residentes más pobres (Uribe-Mallarino, 2008) y realizar el cobro diferencial de los servicios públicos domiciliarios de acueducto, alcantarillado, energía eléctrica, gas, aseo y telefonía fija (Alzate, 2006). Cada municipio clasifica los inmuebles hasta en seis grupos homogéneos y heterogéneos entre sí denominados estratos, los cuales connotan diferentes capacidades económicas de sus moradores según las características físicas de sus viviendas, de los materiales empleados y del hábitat urbano o rural en el que viven. Según Alzate (2006), el Estado aplica el esquema de subsidios cruzados, recaudando el pago adicional de usuarios en estratos más altos, para compensar a las empresas el costo por la prestación de servicios públicos en estratos bajos.

Este modelo de estratificación social se articula al modelo privatizador para la prestación de servicios públicos, vigente en Colombia desde la década de los años ochenta, ratificado en la Constitución de 1991 y en la ley 142 de 1994. Las transformaciones en la normatividad y en la gestión del sector permitieron que de un modelo centralizado de inversión estatal que funcionó hasta finales de la década de los ochenta, el Estado perdiera participación en la inversión para la prestación del servicio público de acueducto en regiones y municipios colombianos (Quintana, 2010).

Los gobiernos regionales, mediante un desarrollo empresarial basado en pequeñas y medianas empresas prestadoras de este servicio, amplían la cobertura y mejora del servicio de acueducto desde 2004 (Hooff, 2004). Y a partir del 2007, los Planes Departamentales de Agua financiados con créditos del Banco Mundial permiten la participación del sector privado en las ciudades medianas como Dosquebradas, mediante acuerdos con operadores especializados para la prestación del servicio de acueducto (Gobernación de Risaralda, 2007). Mediante la alianza Estado-prestadores privados, el agua en las ciudades se entrega prioritariamente a quienes tienen capacidad de pago;

mientras en las zonas rurales y algunas áreas periurbanas, el abastecimiento depende de la autogestión que realicen los mismos pobladores.

Específicamente se estudiará el caso de Dosquebradas, municipio risaraldense ubicado sobre la cordillera occidental de Colombia a una altitud promedio de 1.600 metros sobre el nivel del mar, en un territorio de 72 kilómetros cuadrados irrigado por 20 fuentes superficiales de agua y en el que habitan cerca de 200.000 habitantes (Proyecciones DANE, 2005). Ante la inexistencia de acueducto municipal propio, el servicio en esta ciudad lo ofrecen tres tipos de prestadores. Una empresa privada, que atiende al 3% de la población; una empresa estatal, que en alianza con una de carácter mixto revende al 70% de habitantes el agua que compran a dos ciudades vecinas; y 57 asociaciones de acueductos comunitarios, que garantizan el servicio a casi 50.000 habitantes que constituyen el restante 27% de la población.

Una asociación de acueducto comunitario es un grupo de habitantes de áreas rurales y periurbanas del municipio, en su mayoría de bajos ingresos económicos, que resuelven el abastecimiento de agua por sus propios medios, construyendo infraestructuras de acopio, tratamiento y distribución del líquido. Las personas que realizan la inversión en especie y capital conforman Asociaciones de usuarios. La administración y funcionamiento está a cargo de una Asamblea General y una Junta Directiva. La primera está conformada por la totalidad de usuarios-socios, mientras que la segunda está constituida por el grupo de personas delegadas por la Asamblea general de asociados para cumplir funciones administrativas, de gestión técnica en el mantenimiento y mejoramiento del sistema de acueducto.

Cada asociación accede al recurso hídrico desde la fuente, mediante la concesión o permiso de captación del agua que otorga la entidad de vigilancia ambiental *Corporación Autónoma Regional de Risaralda* (CARDER). Además se cuenta con el permiso de servidumbre que ofrecen los propietarios privados para realizar la construcción de las obras del acueducto comunitario en sus propiedades, pasar las redes de distribución del agua por sus predios y facilitar la movilización del fontanero durante el mantenimiento operativo del sistema.

Los ingresos para sostener un acueducto comunitario en Dosquebradas provienen principalmente de las cuotas familiares mensuales por el consumo del agua. Valoración que obedece a un pago simbólico del beneficio que obtienen los usuarios por el servicio del bien donado por la naturaleza. Según A., "en los acueductos comunitarios en ningún momento se habla de tarifas, sino de cuota familiar para sostenimiento (...) Porque lo que hay aquí es de fondos de todos"; además porque "el agua no se cobra, lo que se cobra es el servicio" (J). Ello significa que el valor asignado por la Asamblea

General de asociados como mensualidad no obedece a ningún cálculo diferencial de los costos de operación y administración, tal y como lo exige en Colombia la Comisión Reguladora de Agua Potable (CRA).

Esta dinámica organizativa de acceso al agua se justifica porque en Dosquebradas, de los cinco estratos socioeconómicos existentes para el cobro por servicios públicos domiciliarios; el estrato cuatro tiene garantizada la conexión a la red estatal-mixta de acueducto; el estrato tres lo conforma un grupo de pobladores dispersos en el centro y occidente de la ciudad que pueden elegir entre pagar la conexión a la red estatal o a la privada; mientras que los estratos 2, 1 y 0, es decir los habitantes de sectores periurbanos, migrantes de áreas rurales y urbanas, muchos desplazados por el conflicto armado colombiano, reciben agua de los acueductos comunitarios. Este grupo de personas no tiene capacidad económica para pagar las tarifas que cobra la empresa estatal, ni mucho menos las de la empresa privada; pero además tampoco se benefician de los subsidios que debería entregar el Estado a través de los acueductos comunitarios.

En realidad, desde la década de los años ochenta, habitantes de los sectores periurbanos del oriente y occidente de la ciudad de Dosquebradas compensan la ausencia del Estado en inversión para servicios públicos construyendo acueductos comunitarios por sus propios medios, aunque ellos sufren las consecuencias de una economía que pasó de la producción cafetera a una que dinamizó el narcotráfico (Quintana, 2010). Por ello la dominación estructural entre el Estado y el mercado para la prestación del servicio de acueducto en Dosquebradas se reproduce permanentemente a través de la diferenciación de género. Ante la urgencia por superar las carencias materiales, hombres y mujeres de sectores periurbanos deben garantizar a sus familias el acceso al agua. Entonces, la presencia femenina se refuerza al interior de la vivienda familiar y la masculina se posiciona mediante las actividades económicas que controlan el territorio y mediante el discurso prioritariamente en el espacio público.

4.2. La diferenciación de género en la vivienda como espacio privado

En las viviendas de quienes integran las asociaciones de acueductos comunitarios, la disposición de los espacios refleja simbólicamente el valor asignado al uso del agua en la esfera familiar. Ello sucede porque "la casa que se define globalmente como femenina, húmeda, etc., cuando es aprehendida desde afuera, desde el punto de vista masculino, es decir por oposición al mundo exterior, puede hallarse dividida en una parte femenina-masculina y una parte femenina-femenina" (Bourdieu, 2007: 139-144).

El contraste en el uso social de los espacios interior y exterior justifica la lógica en la construcción de viviendas en sectores periurbanos de Dosquebradas, pese a que sus

residentes utilizan argumentos geológicos y productivos para explicar por qué sus casas se construyen de adelante hacia atrás. Los habitantes del sector occidental dicen que construyeron sus viviendas desde la parte más estable –adelante- hasta el área de atrás que limita con la pendiente de la montaña –el barranco- para minimizar el riesgo por deslizamiento en una zona con permanente actividad sísmica. Mientras tanto, quienes habitan la zona oriental afirman que el sentido en la construcción de sus viviendas obedeció a la necesidad que tenían como migrantes campesinos de preservar un espacio trasero para la huerta casera.

Las casas son construidas en cemento y esterilla de guadua sobre pequeños lotes rectangulares en ladera, con fachadas de color verde, rosado, blanco o amarillo, que contrastan con el colorido de los cafetales. Cada propietario adecúa progresivamente su vivienda en niveles con residencias independientes para los hijos casados o eventualmente para generar renta. En lotes promedio de cuatro metros de ancho por siete de fondo, los habitantes construyen tres viviendas –bajos, principal y segundo piso- habitadas por seis personas cada una.

Las viviendas del sector occidental, resultantes de la informalidad y la autoconstrucción, son menos homogéneas arquitectónicamente que las del sector oriental. El asentamiento en este último sector se debió a programas de vivienda de interés social con apoyo de fundaciones católicas y líderes políticos durante la década de los años ochenta.

En cada vivienda abastecida por acueducto comunitario existe una zona anterior masculina próxima al espacio exterior de la vida pública de las personas; y una zona interior femenina ligada a las actividades que requieren el uso del agua. La parte anterior de las viviendas corresponde a la sala de visitas, el comedor y la alcoba principal sobre cuya adecuación en pisos y paredes la familia invierte la mayor cantidad de recursos económicos. Es el lugar más amplio de la vivienda proporcionalmente a la extensión del lote. Allí se atienden visitas y la familia se congrega a comer, ver televisión, dialogar o escuchar música. Para su decoración, se cuelgan en la pared fotografías enmarcadas que evocan los principales acontecimientos familiares como cumpleaños, matrimonios, bautizos, graduaciones escolares, etc.

La parte posterior de la vivienda es reservada a los miembros de la familia por ser la menos estética, dado que los recursos económicos fueron insuficientes para concluir su construcción. Los pisos son en tierra, las paredes en esterilla a la vista o sin revocar, las duchas y los techos son pedazos incompletos de baldosas y tejas. En general esta zona no se exhibe, se esconde de la mirada externa a través de una cortina o pared inconclusa. En esta área de la vivienda se ubican el sanitario, la ducha, el lavade-

ro, las habitaciones de los hijos y la cocina, siendo ésta última el espacio asignado a las mujeres, que centraliza el encuentro familiar durante la preparación de alimentos.

La disposición del espacio en la vivienda determina una diferenciación de género según la asignación de tareas en el uso del agua para la preparación de los alimentos y el lavado de la ropa. Y aunque estas labores domésticas representan permanente esfuerzo físico para las mujeres, éste es considerado por ellas un trabajo invisible, difícilmente valorado por sus familias; a cambio, ellas creen que de sus hijos reciben reconocimiento cuando les ofrecen afecto y apoyo emocional. Por ello ante la pregunta ¿usted qué hace por su familia?, muchas de ellas responden: “les doy lo mejor de mí, les ayudo en lo que más puedo” (M.C.); “estoy con ellos y los apoyo... los aconsejo en lo bueno y lo malo, y cuando me necesitan estoy ahí para guiarlos y protegerlos” (B); “les brindo mucho amor, comprensión en todo lo que más pueda” (M.E.); “trato de que siempre estén bien y los guío por un buen camino” (R); “les brindo apoyo para poder sacarlos adelante” (Y.A.); “los cuido, les doy mucho amor, confianza y los quiero mucho” (M.).

Por el contrario, los hombres entrevistados expresan sentirse reconocidos por la inversión material al hogar. Ante la pregunta ¿usted qué hace por su familia?, algunos responden: “todo, yo les apporto todo: educación, salud, yo apporto todo” (F.); “He aportado vivienda, hogar donde vivir y alimentación, cuando se enferman tengo que darles droga y todo” (L.Q.). “Prácticamente todo” (A). La estimación de omnipresencia masculina en el hogar con la expresión “todo”, puede interpretarse como el auto-reconocimiento a su rol de proveedor material en el hogar y también como una invisibilización del aporte femenino.

De otra parte, la posición espacial se relaciona también con el poder de dominación a través de las relaciones sexuales, percibidas por algunas mujeres como la continuación de la dominación de sus cuerpos, que han sido sublimados por esquemas de sumisión y aceptación de la virilidad masculina. Al respecto algunas mujeres se sienten utilizadas sexualmente porque “es que lo cogen a uno... sólo para su satisfacción y desfogue... y no les interesa cómo se pueda sentir uno» (E). «Es que uno les coge fastidio y rabia cuando lo cogen a las malas... les pierde el amor» (M).

Muchas mujeres buscan escapar a la dominación masculina adquiriendo independencia económica de sus compañeros sentimentales. Por este motivo una gran proporción de ellas realizan oficios domésticos “en familias acomodadas”, cuidan niños, enfermos y ancianos en hogares vecinos o, eventualmente, en su propia vivienda. Otras mujeres generan ingresos como modistas, vendedoras de productos de belleza por catálogo, transformación y venta de artículos elaborados en sus propios domicilios como

uniformes, chorizos, arepas o pulpa de frutas. Ocasionalmente, algunas jóvenes se dedican a la prostitución y, paralelamente a la actividad económica, un grupo más reducido de mujeres participa en la junta de acción comunal o en la asociación de acueducto comunitario.

El cuidado a enfermos y niños entre vecinas es un intercambio de favores que, además de fortalecer alianzas sociales, genera eventualmente ingreso económico a usuarias de los acueductos comunitarios. Por eso M. dice que desde que su marido la dejó hace cinco años, con el cuidado a enfermos y niños sostiene a sus cinco hijos; y, G. cuida en su casa a la hija menor de su vecina mientras realiza el balance económico con el tesorero de la asociación del acueducto comunitario, en tanto otra mujer del barrio prepara el almuerzo para todos. De igual forma, con o sin remuneración a cambio, es común que las mujeres mayores cuiden de menores de edad en riesgo de maltrato o abandono. E. cuida a una menor de dos años cuando su madre la abandona desde la tarde hasta la madrugada, según ella “cuando la mamá de la niña sale a buscar clientes y vuelve a... la madrugada borracha, en ocasiones con hombres a su domicilio”.

En general, las mujeres entrevistadas consideran que su aporte social consiste en garantizar el establecimiento de relaciones armónicas de vecindad y el mejoramiento de la habitabilidad en el barrio mediante acciones de conservación del entorno. Ellas dicen que materializan la preservación del agua a través de prácticas concretas como: “cuido los jardines del barrio” (E); “reutilizo el agua de la lavadora, para el aseo de la casa” (O); “recojo el agua lluvia para echarla al tanque” (O); “lavo la ropa una sola vez a la semana” (B); “mis hijos y yo nos demoramos poco bañándonos” (J); “con algunas usuarias hemos empezado cada quince días a hacer revisión de tuberías, visitas a los tanques, a las bocatomas...” (M).

En otros casos, son contundentes los argumentos femeninos como expresiones de sensibilidad ambiental, ante la evidente disminución en la disponibilidad del líquido. “Nunca había visto una sequía tan fuerte. Me dieron ganas de llorar al ver las quebradas sin agua... Qué vamos a hacer sin el agua para nuestros hijos?... Esto es muy triste, a mí me duele muchísimo” dice (L). A lo que E. añade: “no es justo que los ricos allá en la parte alta donde tienen sus fincas de recreación llenen sus piscinas con agua y las vacíen todos los lunes, mientras nosotros aquí en el barrio, la ahorramos”.

4.3. La dominación masculina mediante el discurso en la asociación y las actividades económicas en el barrio

El espacio público se debate en las relaciones discursivas, según Fraser (2015) porque la deliberación sirve de máscara a la dominación. Por ello durante las asambleas deli-

berativas los hombres tienden a interrumpir a las mujeres más frecuentemente de lo que ellas lo hacen cuando los hombres hablan. Ellos tienden a hablar más que las mujeres, tomando la palabra en más ocasiones y durante más tiempo; además Fraser (2015) señala que comparativamente las intervenciones femeninas son comúnmente ignoradas o quedan sin respuesta, en contraste con los planteamientos masculinos.

Los miembros de grupos subordinados tienen menos oportunidades de encontrar el tono o las palabras justas para expresar sus pensamientos, por lo que arriesgan no expresar claramente sus deseos. Ellos están incluso menos preparados para expresar o defender sus intereses en el espacio público global, o para denunciar formas disfrazadas de dominación a los más desfavorecidos mediante propuestas colectivas, que ocultan el interés de reforzar la imagen de los más fuertes (Fraser, 2015).

Tal y como ocurre en el hogar, el poder diferenciado según el género se reproduce simbólicamente al interior de las asociaciones de acueducto comunitario. Allí algunos hombres garantizan su acceso y permanencia en un cargo directivo mediante la capacidad discursiva en los espacios públicos. Por ello, su capacidad de convicción a través de la palabra es un criterio fundamental para ser directivo en las asociaciones de acueductos comunitarios, tal como lo manifiesta una usuaria: "por eso escogen el que más bonito habla, [...] entonces esa persona que va y coge el micrófono allá... si a los que no les da como tanta pena hablar" (A.R.).

En el interior de la junta directiva algunos hombres delegan o transfieren a las mujeres que los acompañan en el ejercicio del liderazgo toda la responsabilidad en la realización directa de las actividades. Así se deduce del comentario que hizo un directivo de quien las mujeres se quejan recurrentemente por su incumplimiento con las obligaciones en la asociación: "Las mujeres en esta parte nos llevan la iniciativa, siempre la mujer es más dada a salir a cualquier evento... Nosotros como hombres sí participamos y colaboramos pero siempre las mujeres son las que están más pendientes" (R.V.).

Por ello, aunque las mujeres siempre son mayoría en los actos públicos convocados para la gestión del sistema de abastecimiento, tal y como algunas de ellas reconocen: "en las reuniones se ve más la presencia de las mujeres que hombres" (B); "cuando se hacen las reuniones sí participan casi más las mujeres que los hombres..., a los hombres les da pereza también las caminatas... y en cambio a las mujeres no..." (M). En reuniones, asambleas de asociados, jornadas de trabajo en la cuenca o en el mantenimiento de la infraestructura las exclusiones son evidentes por la dominación masculina a través del discurso y por la timidez de las mujeres para hablar en público: "lo

que pasa es que uno a veces, uno es callado..." comenta A.R.; "la verdad yo me siento menos que los demás para participar en asambleas o en una reunión" (R).

El temor a expresarse en público evidencia un sentimiento de inferioridad en algunas mujeres por su bajo nivel educativo, así como lo manifestó E.: "Yo no me meto porque yo no sé leer, ni escribir". En otros casos, las mujeres se sienten inferiores a los hombres, cuando en la asociación desconocen aspectos referidos al área técnica y contable, temas que han sido asignados por tradición a los hombres. Tal como le sucedió a G., presidenta de una asociación, quien fuera invalidada públicamente ante la Asamblea General, porque según el tesorero ella no tiene experticia en temas contables, situación ante la cual ella respondió: "el Sr. que ocupa el cargo de tesorero es muy inteligente y yo desconozco del tema y posiblemente él me puede confundir en el manejo de las cuentas económicas del acueducto" (G.).

De igual forma, otros hombres aprovechan la posición que ocupan sus esposas como dirigentes en la asociación para imponer sus ideas mediante su discurso en las asambleas. De la siguiente forma relató una usuaria su percepción al respecto: "Lo que pasa es que aquí la que manda es la tesorera... Porque el esposo de la tesorera es el que habla duro, quiere imponer y es grosero" (M).

Los anteriores argumentos justifican la prevalencia de los hombres en los cargos directivos de la mayoría de las asociaciones de acueductos comunitarios. Por este motivo, J. dice que: "en los cargos directivos casi por lo regular son más hombres". Mientras, C.P. afirma que "... por lo general siempre han sido los hombres los que han manejado el acueducto, esporádicamente las mujeres".

El panorama se transforma cuando las mujeres acceden a la educación y a conocimientos técnicos respecto al sistema de abastecimiento, a partir de lo cual ellas se empoderan en el ámbito discursivo. Tal como L., quien realizó cursos de fontanería y ocasionalmente reemplaza a su esposo en el cargo. Ella expresa seguridad cuando toma la palabra durante las asambleas y observa que las mujeres hablan también, aunque un poco menos que los hombres. La diferencia radica en que "cuando las mujeres hablan defienden más los intereses del acueducto... los intereses de todos...mientras que ellos no, los hombres no" (L). Una vez más, en este último testimonio se verifica el interés de las mujeres por mantener la cohesión social en torno a la defensa del modelo de gestión colectiva para acceder al agua.

Si bien hasta el momento se ha dicho que mediante el discurso existe una forma de dominación masculina entre quienes habitan sectores periurbanos de Dosquebradas, es preciso agregar que la prestación del servicio de acueducto se ve afectada igualmente por las actividades económicas que realizan los hombres en el territorio.

Los hombres que habitan los sectores periurbanos abastecidos por acueductos comunitarios desempeñan oficios relacionados principalmente con la construcción, la agricultura y el comercio -ferretería, apuestas, misceláneas, tiendas de víveres, etc. También son obreros de fábricas, conductores, técnicos, profesores y expendedores de alucinógenos, entre otros. Una menor proporción colaboran para resolver el abastecimiento de agua potable en el vecindario.

Quienes participan como dirigentes de las asociaciones de acueductos comunitarios son reconocidos por los usuarios como líderes en la esfera pública. Esta es la recompensa que los hombres reciben a cambio de ofrecer los elementos más visibles del obsequio, es decir, al aporte que como donantes han invertido en horas de trabajo, fuerza física, dinero y gestión de la infraestructura necesaria para garantizar el servicio de acueducto.

Sumado a ello, los vecinos hombres que se desempeñan como fontaneros adquieren reconocimiento social entre los vecinos del barrio, porque generan alianzas sociales a través del intercambio de favores en torno al agua. Más allá de su función técnica en la gestión del acueducto, los fontaneros afirman contribuir a aliviar conjuntamente las carencias propias de la pobreza. Así lo relató uno de ellos:

Aquí hay señoras que le dicen a uno, vea esta es la hora que los niños no han tomado traguitos, no hay comida. A mí me toca vea (...) Hay familias a las que he llevado un atadito de panela. Es a veces triste (...) pero hay gente económicamente muy mal. Por eso es que yo siempre digo que iuno entre muchos pobres que habemos, uno es rico! (...). Otro caso, es el de una señora anciana como de 80 años, quien vive de lo que puedan darle sus vecinos para comer... Pues yo nunca le cobro a ella (L.A.).

Por ello y pese al aporte voluntario de hombres y mujeres en la gestión del sistema de abastecimiento comunal y una cuota mensual que no supera los tres euros mensuales por familia, no dejan de ser recurrentes las dificultades administrativas de las asociaciones en términos financieros. Tal y como lo expresan algunos usuarios: "el principal problema es que aquí hay empresas que gastan mucha agua, y como no tenemos micromedición por el consumo, esas empresas pagan lo mismo que una familia..." (L). Muchos usuarios coinciden en afirmar que "los propietarios de las fincas utilizan el agua para sus cultivos y para las piscinas... y pagan lo mismo que un usuario de una casa" (E).

Por el contrario, directivos y fontaneros perciben que los principales problemas en la gestión del acueducto son causados por los retrasos en el pago de las cuotas familiares mensuales por parte de los usuarios. Ante esta situación, finalmente funciona como medida de presión la amenaza de suspensión del servicio. Al respecto, el directivo R.V. comenta que "a veces las personas se atrasan hasta cinco meses en el pago...

entonces nosotros le financiamos las cuotas atrasadas para que se pongan al día". O en ocasiones con la amenaza de suspender el servicio se obtiene una respuesta positiva en el pago del mismo, tal y como hace el fontanero L.Q.: "yo repartí facturación el tres, y entonces les puse por detrás: mañana suspensión... y al otro día todos me tenían la plata".

Por otra parte, el expendedor de alucinógenos que utiliza las viviendas para la transformación, almacenamiento y venta de sus productos usa el agua del acueducto comunitario, pero no siempre paga la cuota por el servicio, porque según dice una usuaria "ellos tienen una sede principal que está en el barrio..., pero se mueven en diferentes casas y cambian de casas...". Este grupo de actores usan la intimidación armada para imponer una dinámica de vida en el barrio mediante la actividad económica ilícita; se movilizan libremente por el territorio; intimidan a directivos de las asociaciones de acueductos comunitarios ante decisiones relativas al cobro por el servicio; y ofrecen a los jóvenes oportunidades de empleo y consumo.

Por este motivo, cuando habitantes de sectores periurbanos en Dosquebradas expresan con inseguridad frases sueltas como "ya uno se acostumbra", "mientras uno no se meta con ellos, no hay problema", parece que expresaran indiferencia y ausencia de temor ante la evidente libertad de los actores armados en la movilización de droga, armas y dinero. Pero en realidad, ellos enmascaran el reconocimiento de una dominación simbólica de los actores violentos en el territorio, mediante la explotación económica de muchos jóvenes en el barrio, dado que algunos de sus hijos, ante la falta de oportunidades de educación y empleo, se involucran en el mercado de alucinógenos, ya sea como empleados en el proceso de transformación, como vendedores del producto o como consumidores.

Algunos jóvenes que no se involucran en el mercado o consumo de alucinógenos expresan temor para poder vivir en el barrio, fingen indiferencia ante las acciones violentas y resisten a las ofertas de consumo. Muchos de ellos aparentan condescendencia y evitan hablar de la situación, "porque la violencia armada es una fuerza superior que escapa al control colectivo de la mayoría de nuestras familias" (F). Por eso, en su gran mayoría, los jóvenes proyectan su vida lejos del barrio, pese a la incertidumbre de sus deseos, tal como dice K: "yo no hago sino esperar el día en que tenga cómo salir con mi familia de aquí a vivir a otro lado... Por ahora tengo que aguantarme porque no tenemos cómo sostenernos en otro barrio... Aquí tenemos la casa y además el servicio de agua es barato".

En ese mismo sentido G. dice que mantener alejado del barrio a su hijo menor es la manera de protegerlo, después de la muerte de su primogénito: "yo tuve dos varones

y una niña. Mi hijo mayor que se suicidó ya va a cumplir un año y medio de muerto, y el otro cumplirá la semana próxima 25 años... pero él... él no puede venir a este barrio". Mientras E., con expresión de preocupación, se cuestiona cómo hacer para ayudar a su nieto a salir del consumo de alucinógenos: "Él, todo lo que consigue es para el vicio...Y anda con... el de la moto... Es el hijo de un (a) directivo (a) del acueducto comunitario. Ese muchacho también consume vicio y también vende... Yo le hablo mucho... pero no sé, no sé cómo ayudar a mi nieto..." (E).

Estos testimonios evidencian que ante las precarias condiciones de vida y la falta de oportunidades económicas para los integrantes de familias que habitan los sectores periurbanos en Dosquebradas, el tráfico de drogas se convirtió, en algunos casos, en la principal y única fuente de empleo para los jóvenes desvinculados de una actividad formativa. Por ello, los expendedores de alucinógenos imponen a los habitantes de los barrios donde operan un poder que los hace mostrarse cómplices de una situación que no les pertenece, que no comparten, que es ajena a sus intereses de vida; pero a la cual no pueden escapar porque no existen posibilidades económicas diferentes a las que les ofrece su vida en el barrio, entre ellas el reducido valor de una vivienda arrendada o propia y el bajo costo de los servicios públicos, especialmente el del acueducto comunitario.

5. Conclusiones

Las relaciones sociales para el acceso al agua, establecidas mediante la dominación de género, se estructuran en un contexto de división de clases y de división sexual del trabajo. En tanto, la diferenciación social entre hombres y mujeres, asimilada como un proceso natural en la sociedad, es evidente incluso entre aquellos grupos sociales que conciben el agua como un don de la naturaleza. La percepción del poder como construcción sociopolítica invisibiliza los aportes intangibles de la mujer en la construcción de alianzas que garantizan la convivencia social en el barrio y, en la conservación del agua, dado que el reconocimiento social a la mujer se circunscribe al espacio familiar, principalmente entre los hijos. Por su parte, cuando el hombre aporta bienes materiales al mantenimiento del hogar y al acueducto comunitario se encuentra, en la mayoría de casos, interesado en amplificar su capital simbólico y en adquirir reconocimiento social en el espacio público.

Es decir, que incluso en el modelo de gestión colectiva del agua que se aparta de la visión mercantil de exclusividad en la prestación de un servicio y, donde existe una percepción de gratuidad del elemento natural, allí también se reproduce la dominación del hombre hacia la mujer. Principalmente porque independiente del modelo de ges-

ción, el hombre traslada de su entorno laboral la valoración que en él se hace de la acumulación del capital económico.

En este sentido, las relaciones de dominación del mercado que se establecen en torno al servicio de acueducto agudizan las condiciones de exclusión social que viven habitantes de sectores periurbanos en el municipio de Dosquebradas. En primer lugar, porque la diferenciación mediante la estratificación social para la prestación de servicios públicos impide que grupos sociales con baja capacidad adquisitiva y en precarias condiciones económicas accedan al servicio de acueducto que ofrece el Estado en alianza con empresas privadas. Y, en segundo lugar, porque la ausencia estatal en inversiones sociales facilita la legitimación de actores armados en el territorio mediante la oferta de opciones laborales a los jóvenes en los barrios.

De esta forma, la dominación de género en el espacio privado y en el espacio público de quienes son usuarios del servicio de acueducto comunitario resultan principalmente de la reproducción social de relaciones excluyentes. En el espacio privado familiar las relaciones de poder se reconocen por la disposición de hombres y mujeres en el espacio físico de la vivienda, en el reconocimiento del cuerpo y en el uso doméstico del agua; mientras tanto, en el espacio público la dominación se establece mediante las formas legitimadas del discurso, de las actividades económicas y del control territorial.

6. Bibliografía

Alzate, M. 2006. *La estratificación socioeconómica para el cobro de los servicios públicos domiciliarios en Colombia ¿solidaridad o focalización?*. Naciones Unidas CEPAL, Serie Estudios y Perspectivas: Bogotá.

Attac, G. 2012. *La nature n'a pas de prix, les méprises de l'économie verte*. Paris: Les liens qui libèrent.

Augusta-Boularot, S. 2008. "Les enjeux politiques du «don de l'eau» dans les villes d'Italie républicaine", *Histoire urbaine*, 22: 11-26.

Bourdieu, P. y L. Wacquant. 2008. *Una invitación a la Sociología Reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. 2012. "La economía de los bienes simbólicos", en pp. 86-120, *Pierre Bourdieu, capital simbólico y magia social*, coordinado por I. Jiménez. México: Siglo XXI.

Bourdieu, P. 2001. *Langage et pouvoir symbolique*. Paris: Fayard

Bourdieu, P. 2000. *La Dominación Masculina*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. 2008. *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI.

- DANE. 2005. *Proyecciones de población en Colombia*. Bogotá, Colombia.
- Fraser, N. 2015. *Qu'est-ce que la justice sociale? Reconnaissance et redistribution*. Paris: Éditions La Découverte.
- Gobernación de Risaralda. 2007. *Plan Departamental de Agua de Risaralda*. Pereira, Risaralda (Colombia): Gobierno de Risaralda.
- Hooff, B. 2004. *Creación y fortalecimiento de pymes proveedoras del servicio de acueducto y alcantarillado*. México: Cepal.
- Mackinnon, C. 1991. *Toward a feminist theory of the State*. Cambridge: Harvard University Press
- Mackinnon, C. 1995. *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Cátedra.
- Mackinnon, C. 2009. "El feminismo radical y la pornografía", Jornadas CINIG de Estudios de Género y feminismos. Teorías y políticas desde el segundo sexo hasta los debates actuales, 29 y 30 de octubre, La Plata.
- Martínez-Alier, J. 2004. *El ecologismo de los Pobres. Conflictos Ambientales y Lenguajes de Valoración*. Barcelona: Icaria.
- Mounier, P. 2008. *Pierre Bourdieu, une introduction*. Paris: Pocket.
- Pierron, J. 2013. *Ressource naturelle ou service écologique gratuit?. Ce que l'eau nous donne. En: Qué donne la nature?*. París: Revue Semestriel MAUSS.
- Quintana, A. 2010. "El Conflicto por la gestión del servicio de acueducto en Dosquebradas, Risaralda-Colombia. Un estudio desde la ecología política". Tesis Doctoral. Departament d'Antropologia Cultural i Història d'Amèrica i d'Àfrica, Universitat de Barcelona.
- Scheper, H. 1992. *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- Swyngedouw, E. 2004. *Social Power and the Urbanization of Water. Flows of Power*. New York: University Oxford.
- Taylor, S.J. y R. Bogdan. 2002. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Uribe-Mallarino, C. 2008. "Estratificación social en Bogotá: de la política pública a la dinámica de la segregación social", *Universitas humanística*, 65: 139-171.
- Young, I.M. 2011. *Responsabilidad por la justicia*. Madrid: Morata.